



PRECIO PARA LA VENTA

25 números ordinarios... Ptas. 2,50
25 » extraordinarios... » 5

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

MADRID: trimestre. Ptas. 2,50
PROVINCIAS: » » 3
EXTRANJERO: año... » 15

NÚMEROS ATRASADOS

Ordinario... Ptas. 0,25
Extraordinario... » 0,50

La correspondencia se dirigirá al Administrador: Calle del Arenal, 27. - Madrid. — A toda suscripción acompañese el importe en libranza ó sellos.

LOS PERJUICIOS DE BARTOLO

Sr. D. Antonio Peña y Goñi.

MI QUERIDO AMIGO: El contundente artículo *Historia de una corrida*, publicado por usted en el núm. 21 de LA LIDIA, y que ha tenido la bondad de dedicarme, pone completamente al descubierto las *tramoyas* empleadas por la apreciable Empresa de la Plaza de Toros de Madrid, para ver si en la corrida proyectada á beneficio de los heridos y enfermos procedentes de la guerra de Cuba, puede repetirse la suerte practicada en la corrida del *Reina Regente*.

Todos esos rodeos que da Bartolo para realizar su bello ideal, que es ir á medias con los beneficiados, no pueden racional, ni lógica, ni moralmente, prosperar; pues como usted dice muy bien, una cosa es que exija un precio razonable por la Plaza (ya que no la ceda gratuitamente como en casos análogos hicieron sus antecesores), y otra que quiera aprovecharse de una desgracia nacional, invocando perjuicios que son en gran parte fantásticos, como creo poder demostrar.

Al terminar la primera serie de las corridas de abono del año actual, es notorio que la Empresa, sólo obligada por la necesidad que le imponía la escritura de los matadores de temporada, abrió una segunda serie de abono; y sabido es también que las corridas de esta segunda serie se deslizaron entre la mayor indiferencia, asistiendo á ellas casi exclusivamente los abonados, que ya habían depositado su dinero en las cajas de Bartolo. ¿Qué gran perjuicio, pues, podía haber en que en un día laborable, en que la Empresa no utilizaba la Plaza, la cediera para dar la corrida del *Reina Regente*? Cualquiera cantidad que cobrara por el alquiler, era un ingreso extraordinario, que de no verificarse la corrida, no realizaba; luego lejos de ser un perjuicio el ceder la Plaza en tal momento, cobrando el piso de ella, era un beneficio imprevisto para la Empresa.

Y voy ahora á ocuparme de la cesión de la Plaza para la corrida proyectada en el mes de Octubre. Las *segundas temporadas* taurinas, que son el *hueso* del negocio, por la época de otoño en que se verifican, y por las muchas corridas ya celebradas en primavera y verano, se han desarrollado aún en mejores tiem-

pos que hoy, con escasa animación; y si bien es cierto que la exhibición de Guerrita en una corrida puede quebrantar en algo la concurrencia de espectadores, á las que se verifican inmediatamente antes ó después, también debe tenerse en cuenta que ha de ser un aliciente para el abono, el hecho de anunciar dicha corrida, y dar como es costumbre, el derecho á los abonados, de recoger sus billetes para ella. No son, por consiguiente, de tanta entidad como quiere suponerse, los perjuicios irrogados en los dos casos concretos que se citan.

Pero ya que Bartolo propone ceder la Plaza con las condiciones de costumbre, no tome por tipo las exageradas é irritantes que él ha establecido; sírvale de norma lo que todas las Empresas anteriores á la suya han hecho cuando se ha tratado de acudir al socorro y ayuda de grandes desdichas nacionales.

Y como no me gusta hablar al aire, allá van algunos precedentes, de cuya exactitud respondo.

En el año 1879 ocurrieron las terribles inundaciones en las provincias de Murcia, Alicante y Almería, que tantos daños y desgracias causaron; y organizada una corrida de toros para contribuir en lo posible al alivio de los más perjudicados por aquella catástrofe, se celebró, en efecto, en la Plaza de Madrid el día 16 de Noviembre, lidiándose ocho toros de diferentes ganaderías, estoqueados por igual número de matadores, CEDIENDO LA EMPRESA GRATUITAMENTE LA PLAZA.

Cuando llenaron á España de consternación los terremotos ocurridos en las provincias de Málaga y Granada, se organizó otra corrida á beneficio de las familias pobres á quienes más directamente afectó aquella gran desgracia; y celebrada la corrida en Madrid en la tarde del 8 de Febrero de 1885, se lidiaron seis toros de diferentes ganaderías, estoqueados por seis matadores, y LA EMPRESA CEDIÓ LA PLAZA, DEPENDENCIAS Y SERVICIOS, SIN RETRIBUCIÓN DE NINGÚN GÉNERO.

Por cierto que, entre mis papeles, tengo la cuenta de recaudación y gasto de esta corrida, que arroja, como ingreso total, la suma de 58.064'75 pesetas, y como cantidad líquida para los beneficiados 54.532'14 pesetas. Es decir, que la corrida sólo tuvo de gasto 3.532'61 pesetas. ¡Igual que la del *Reina Regente*! Bien es verdad, que en aquélla la partida de billetes y carteles asciende á 200 pesetas, y en

ésta se han gastado por el mismo concepto, según reza la ya famosa cuenta, 5.630 pesetas, y por el estilo todo lo demás.

El año 1885 el cólera azotó cruelmente á la población de Aranjuez, y organizada en Madrid una corrida extraordinaria para ayudar al alivio de esta calamidad, verificóse en la tarde del 22 de Julio, con seis toros de Veragua y Muruve y seis matadores, CEDIENDO LA EMPRESA GRATUITAMENTE LA PLAZA.

Al ocurrir el año 1891 las espantosas inundaciones de Consuegra y Almería, que sembraron el luto y la desolación en hermosas comarcas, y afectaron hondamente á España entera, se organizó en Madrid una corrida extraordinaria, para unir los fondos que se recaudaran á la suscripción abierta para venir en ayuda de tan horrible desgracia. La corrida se celebró el 29 de Octubre, lidiándose ocho toros de varias ganaderías, estoqueados por ocho matadores, y LA EMPRESA, ADEMÁS DE LA CESIÓN GRATUITA DEL LOCAL, COSTÓ EL SERVICIO DE CABALLOS.

Produjo esta corrida la cantidad de 50.623'50 pesetas; y como no hubo de gasto más que 10.494'76, quedó como beneficio líquido para las personas á quienes se trataba de socorrer, la suma de 40.128'74 pesetas. Y no estará de más advertir, que la Empresa que con tanta generosidad se condujo, satisfacía en concepto de arrendamiento, la cantidad anual de 205.556 pesetas, en lugar de las 170.131 que satisface la Empresa actual.

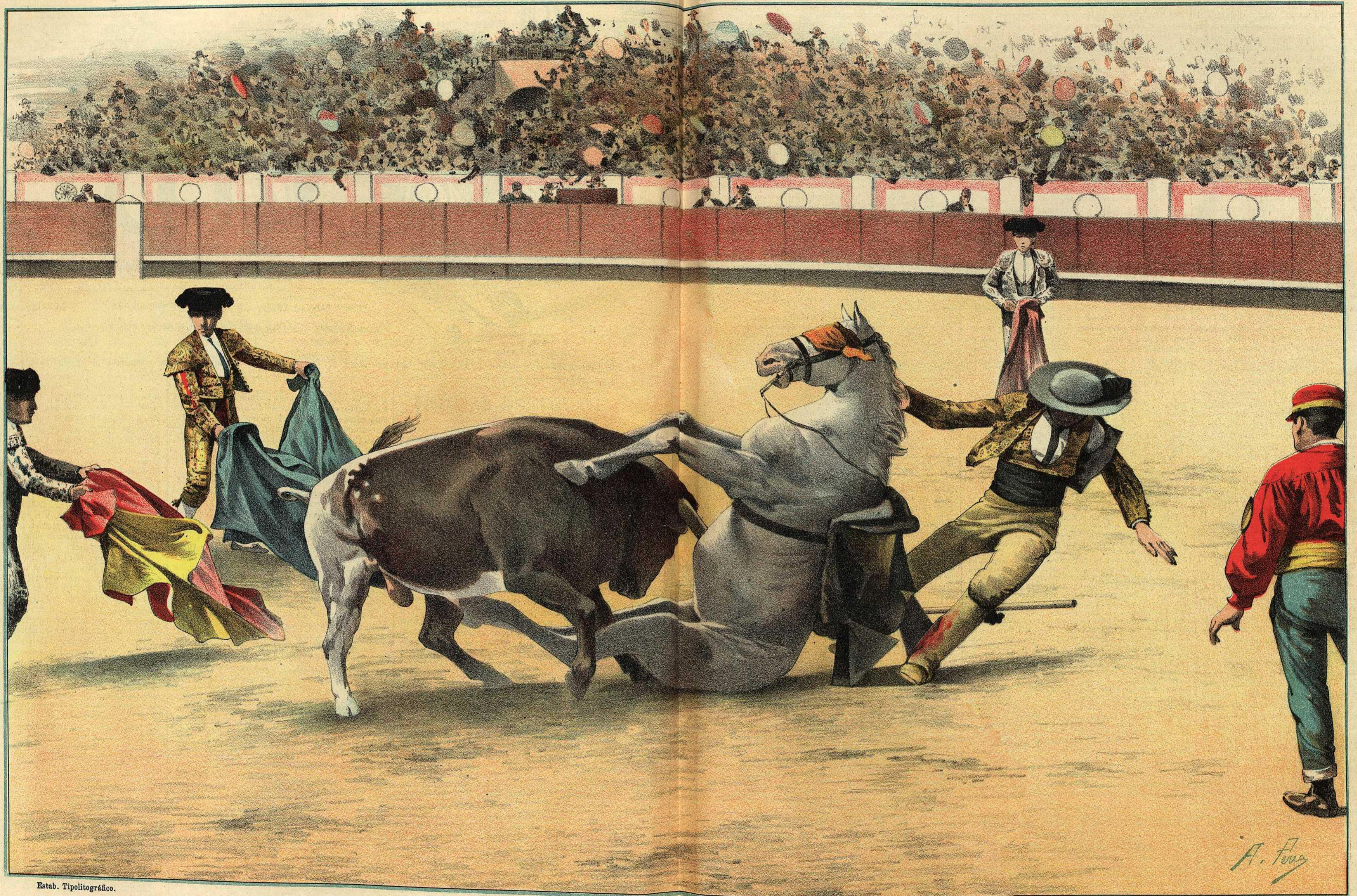
He aquí, querido Antonio, las observaciones que me han sugerido las nebulosas y ambiguas ofertas de la Empresa, que usted y yo sabemos á lo que tiran. Revístase la Comisión organizadora de toda la energía necesaria para hacer entrar en razón á D. Bartolomé; no transija ni en un ápice con nada que no sea justo, y la corrida se verificará en buenas condiciones; pues la Empresa no ha de querer arrostrar la impopularidad que sobre ella caería, si por sus inusitadas exigencias no pudiera llevarse á cabo una función organizada con tan patriótico y humanitario objeto.

De usted siempre afectísimo y agradecido amigo,

LUIS CARMENA Y MILLÁN.

Madrid Septiembre 5/95.





Estab. Tipográfico.

Una caída al descubierto.

J. Palacios. Arenal, 27.

CUESTIÓN DE GUSTO

HAY en la actualidad dos tendencias opuestas en la práctica del toreo, que se disputan el favor del público. Una es la de los *adornistas* que prodigan, acaso con demasiada repetición, los recursos de su jugueteo modo de lidiar toros, y otra la de los que, prescindiendo de floreos y aparatos demasiado ostentosos, miran más a la *verdad* de las suertes que a las galas que las encubren. Por más que desde los tiempos del Gordito nunca se han desarrollado como ahora, esos juegos y aspavientos que suelen hacer las delicias de muchos espectadores, la diferencia que dejamos indicada no es nueva. Pepe Illo la sostuvo con Pedro Romero, ejercitando éste el toreo clásico, quieto y parado, y abusando aquél de los rápidos movimientos y atrevidas actitudes; Jerónimo José Cándido, con el Curro Guillén, que paraba menos y se acercaba más; y José Redondo, que a su gracia personal y perfecta aplicación del arte, practicado con tranquilidad y mesura, debió el excitar el bullicioso temperamento de Curro Cúchares, que siendo desgarbado arrancaba aplausos en sus primeros tiempos por su gran deseo de hacerlo todo, ya que no pudiese conseguirlos en sus actitudes y desplantes, que resultaban grotescos a pesar de su gran conocimiento de las reses y sus condiciones. Más tarde vinieron a competir Antonio Sánchez (el Tato) y Antonio Carmona (el Gordito): aquél, con sus excelentes volapiés, llevándose de calle a los que no se pagan de fruslerías; y el último, arrebatando a la multitud, si no en la hora de la muerte de los bichos, en la brega airosísima que con todos ellos ejecutaba, y singularmente en los quiebros, rasqueos, adoraciones, zapatilleos y posturas, que fueron su especialidad; y sin hacer mención de Cayetano Sáenz, que en elegancia, finura y suertes de capa y muleta no tuvo competidor, reciente está la memoria de los inolvidables Lagartijo y Frascuelo, diametralmente opuestos en su distinta manera de torear. El cordobés, cuyo garbo y hechuras tanto le favorecieron, ejecutando *adornos* de buen gusto, finos, con parsimonia y gran conocimiento; el segundo, sin adornarse, siempre atento al cumplimiento de su deber, no dando un paso inútil, erguido hasta la rigidez, sin escatimar el peligro, antes bien, desafiándole con pasmosa valentía, no hacía nada ficticio, nada aparatoso, y sin embargo, arrancaba por fuerza, hasta a sus enemigos, unánimes y ardorosas explosiones de entusiasmo, sobre todo en sus famosos quites *aguantándose*, y en sus incomparables estocadas que a la historia ha legado con el nombre de «frascuelinas».

Sólo a un hombre singularísimo, de mayor excepción, le ha sido dado reunir en su persona el raro privilegio de practicar, con igual perfeccionamiento, las suertes del toreo que exigen gran ligereza, y las que, por el contrario, piden pausa, aplomo y serenidad valiente. Los lances de capa sin levantar los brazos, los pases de muleta en redondo, altos y bajos; las suertes de recibir y arrancar y sus derivaciones, eran por él ejecutadas con tan marcadísimo aplomo y precisión tan pausada, que más se le veía el movimiento de las manos que el de los pies; y en los recortes a cuerpo limpio, en las banderillas que clavaba de todos modos, en los saltos con garrocha y al trascuerno y en los galleos, fué tal su ligereza, que, sin dar lugar a los espectadores para pensar lo que el diestro intentaba, y muchas veces sin preparación alguna, concluía las suertes más expuestas con prodigiosa rapidez y repetición increíbles.

Pero esa casi perfección en todo, ya lo hemos dicho, sólo un hombre la ha logrado en el difícil arte del toreo. No es culpa de los demás que la Naturaleza no les concediera igual privilegio.

Según el carácter y la genialidad del espectador, así se inclina a los dos distintos modos de torear que los diestros ejecutan, si saben prescindir de afecciones particulares; pero pasado algún tiempo de observación constante, ya empieza a formar un criterio más claro que el que en un principio le dominó, y distingue lo que es bueno en sí, de lo que al pronto le impresiona y le seduce más por la forma que por el fondo. Negar los *adornistas* que las faenas y el trabajo de los *puristas* carece de mérito, es tan absurdo como decir lo contrario; que si malo es llevar la seriedad hasta el extremo de cansar y aburrir al público, peor es convertir el redondel en pista de circo acrobático, donde la lidia sea un jugueteo constante y un aprendizaje de mañas y habilidades para esquivar

el bulto, ó como dice el tecnicismo taurómico, trabajar fuera de cacho. Si a este fin no condujesen los adornos; si de ellos no se abusase, rindiendo a los toros con capotazos dobles y contrarios y continuados recortes, para que lleguen «sin patas» al último tercio, los floreos tendrían un fin laudable, que es el de acreditar los diestros la universalidad de sus conocimientos en el arte, siempre que dentro de éste se encerrasen y no le abandonaran al ejecutar las suertes más esenciales.

Mejor que esos alardes de facultades físicas y de atrevimientos ficticios, en todos los cuales el torero va perdiendo terreno y el toro ganándole, sin llegar jamás a un punto de reunión en rectitud, han de agradar a los que no se dejen sugerir por aparatos de fantasmagoría, las suertes de banderillas de frente, sin pasarse ni una sola vez y de matar parando, en corto y por derecho. ¡Es tan hermoso ver a un hombre solo, desplegar la muleta en el mismo hocico de la res, hacer a ésta acudir en distintas direcciones, sin que el diestro dé un paso atrás, y cuando la encuentra parada irse a ella, ó hacerla venir para hundirla el estoque en lo alto de la cruz!

Aunque esto último lo consiga el que teniendo en sus manos la muleta, retrocede en cada pase, y sin quietud, tiene que encorvarse para barrer el suelo, a fin de que el toro no le vea, cualquiera comprende que de lo uno a lo otro hay gran diferencia. Mérito tiene ¿quién lo duda? sujetar a un toro y obligarle a obedecer al engaño, porque, cuando menos, demuestra inteligencia; pero ¡es tan diferente permanecer quieto y erguido, a mover los pies y encorvarse! ¡Hay tanta distancia de avanzar a retroceder! ¡Se separan tanto las líneas rectas de las curvas! Y ¡es tan distinto torear de ventaja a realizarlo noblemente!

Preferimos, pues, el toreo clásico, el que obedece y se subordina a las reglas fijas del arte, sin que por eso desechemos en absoluto el adorno en las suertes, si no se convierte en bufo é irrisorio. Para esto, es indispensable que el que la ejecute tenga facultades físicas de primer orden, gracia especial y figura a propósito.

Pero de esto nos ocuparemos más adelante.

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.

Nuestro dibujo.

En el primer tercio de la lidia, y durante el cual los diestros de a caballo están con el alma en un hilo, la suerte de varas ofrece en sus resultados tanta variación, como las restantes que se practican en una corrida de toros.

Cada puyazo, por regla general, lleva consigo una caída que tanto puede ser favorable como adversa para los picadores. Lo corriente es, que la misma víctima propiciatoria, ó sea el caballo, sirva de escudo y defensa al picador, el cual, por la pesadez de sus atalajes, forma una masa compacta con la cabalgadura, de difícil separación. En este caso, el piquero, que cae casi siempre debajo del caballo, se resguarda con el cuerpo del mismo de las acometidas del toro que se ceba en el inerte cuadrúpedo, hasta que el capote del espada le obliga a abandonar su presa, sin más detrimento para el jinete, que el molimiento de huesos que el golpe pueda ocasionarle.

Otras veces, el impetu más ó menos violento de la acometida, desde el picador de la silla, dejándole caer a cierta distancia y separación del caballo, con peligro evidente de que el toro acometa indistintamente al hombre ó al bruto; y al hacerlo al primero, le pueda originar alguna cornada ó daño de consideración. Para esta contingencia precisa la eficacia y oportunidad del matador, a fin de meter el capote sin demora y llevarse al toro, evitando de esta manera un desavío al lidiador desmontado.

Esto es lo que constituye en el tecnicismo taurino lo que se llama *una caída al descubierto*; asunto interpretado en el dibujo de este número por nuestro notabilísimo colaborador artístico D. Alfredo Perea, cuya reciente pérdida lamenta con nosotros el arte español.

LOS DIOS MENORES

NOTAS DE ACTUALIDAD

¡No hay más remedio! Nuestro campo de maniobras es actualmente un olimpo en pequeño; y como el vulgo idólatra no se ocupa en otra cosa que en decantar, ensalzar y adornar a esas divinidades de menor cuantía, de ahí que no tengamos más remedio que penetrar en el templo y rendir culto en apariencia, no sin las convenientes reservas mentales, á esos manes de la taumaturgia del porvenir.

El momento no puede ser más oportuno; pues reina una especie de revolución olímpica, en la cual va á haber deidad que pierda toda su virtud y preponderancia, y *querubín* que á olimpo revuelto, se calce el coturno de la inmortalidad y de la *guita*.

Por de pronto, la mayoría de esas nuevas y flamantes constelaciones del firmamento taurino, sufren un momentáneo eclipse, del que no sabemos cómo escaparán; y en cambio alguna aumenta sus fulgores ocasionalmente, deslumbrando á

los impresionables creyentes, que muy fácilmente pudieran encontrarse adorando á un *fuego fátuo*.

No adelantemos, sin embargo, las profecías, y vamos caminando lentamente y á gusto en el machito; que el día que venga la contraria, tiempo tendremos de derribar á patadas á los falsos ídolos, y reconocer paladinamente que nos hemos equivocado. ¡Lo hemos hecho ya tantas veces, que una más no ha de resentir el equilibrio social!

Figúraseme, no obstante, que parte de la comunión taurina ha empezado á escamarse, y que el dios de la explotación y de la *breva*, el orondo Bartolo, tiene que ir cubriendo un poco más las apariencias, si se ha de seguir creyendo en la eficacia de sus milagros, que en último resultado están basados en la vulgar expresión de *mucho ruido y pocas nueces*; es decir, la mayor cantidad de *tronío* y *bombo* posible, y la menor de toros. Y como ya el público ha conocido el juego, si no se enmienda pronto, le va á romper el *parche*.

Prueba de ello que en la corrida del domingo anterior ya le metió un toro en el cuerpo, es decir, en los corrales; porque, continuando la interminable serie de bueyes de que ha hecho acopio, empezó á soltar los correspondientes á D. Vicente Martínez; y al llegar al segundo, el concurso rechazó enérgicamente un bicho que no podía bandearse sin muletas y castrillos. Gracias á esta medida reparadora quebró algo la racha, y aunque continuaron saliendo reses desvencijadas y apollilladas, fueron cumpliendo un poco mejor que las corridas anteriormente.

La corrida á que nos referimos fué así como un compás de espera entre las encomendadas á los fenómenos que hoy nos preocupan. De echarla fuera estaban encargados Gordon, Bebe chico y Parrao. El primero estuvo atolondrado toda la tarde, y se dejó coger todas cuantas veces se acercó á los toros, en lo cual estuvo á la misma altura que los del *tronío*; el segundo hizo alguna faena de esas en que se demuestra la inteligencia de un torero, pero que no tienen recompensa; y el tercero toreó con arreglo al estilo clásico, adornándose mucho con la muleta, sujetó al último revoltoso torillo con gran oportunidad, y cumplió con el estoque; pero como no venían en calidad de eminencias, se les dieron algunos aplausos de limosna, y no nos ocupamos más del asunto.

¿Y cómo íbamos á distraer nuestra atención, pendiente de las novilladas empalmadas miércoles y jueves en Aranjuez y en Madrid? Pero ¡ah! que no hay dicha completa. Lamentábamos todavía el percance del Guerrerito en Sevilla, ese otro dios menor que reclama á voces nuestra curiosidad, cuando el implacable telégrafo nos anunció la nueva contrariedad recaída en otro de los dioses: el Algabeño. Si, el de la Algaba había recibido en Palencia un puntazo profundo en la muñeca izquierda, y aunque no de graves caracteres, desbarataba por el pronto la doble combinación arriba indicada.

Quedaron, pues, para ella solos los otros dos contrincantes, Villita y Padilla. Amainó mucho la animación para Aranjuez, donde se corrieron seis toros de desecho de D. Esteban Hernández, de hermosi lámina y bien criados, como es de clavo pasado, y sin más dificultad que un poco quedados para la muerte; los dioses menores no hicieron milagro alguno; pero quedó por encima el andaluz del aragonés, que anduvo desconfiado y con miedo delante de los toros, y en cambio se vino sin el peso de un buen varetazo en la pierna, que se trajo el de Sevilla.

También con menos animación, porque el mucho abusar descompone el cuerpo, se verificó en Madrid la del jueves, variando únicamente el ganado, que era de la noble casa del Duque de Veragua. La cosa comenzó con visos de pelea, al querer quitar Villita la divisa, sin lograr más que una cinta, y entrando á continuación Padilla, quedándose con el resto; mató muy bien el aragonés al primero y superiormente el andaluz al segundo; y durante el segundo tercio del tercero, arrancándose el bicho hacia Padilla, y vacilando éste entre darle salida por uno ú otro lado, fué arrollado el diestro, que quedó sin movimiento en tierra, y retirado luego á la enfermería, en la que se le apreció una descalabrada, conmoción cerebral y algunas contusiones de poca importancia. Villita, que estaba en los estoques, acudió al quite con oportunidad.

Maltrato el tercero de los dioses menores, quedó dueño del campo este último, y supo aprovechar con acierto la ocasión para un desquite, que le era sumamente necesario y que quizás no hubiera alcanzado sin el incidente que vino á favorecerle, digan lo que quieran las crónicas. A partir de aquel momento, el santo se puso de cara; capeó, corrió por derecho, se adornó, toreó *alalimón*, banderilleó, pinchó, *atrancó*, descabeleó y dislocó al público bonachón, todo como quien lava y con la eficaz ayuda de su banderillero Laborda, el Chato. Ya en este camino, los concurrentes perdimos los estribos, agotamos el repertorio *jaleante*, nos desollamos las manos, pedimos á la *murga* del Circo los acordes de la jota, y creo que no faltó quien pidiese por telégrafo que mandasen la Seo de Zaragoza, para colocarla en el redondel y coronar dentro de ella al vencedor... ¡Ni más ni menos que en Villanueva del M.ño!

La cosa no paró aquí, sin embargo; mi ilustre amiga la prensa, que tan difícil es de contentar en otras ocasiones, también echó las campanas á vuelo, y con sus ditirambos y apreciaciones habrá hecho creer á estas horas al pueblo español, que el toreo ha llegado á la cúspide de la gloria... Pues ahí va el jarro de agua fría. Nada de eso. Si Villita, después de la fatal campaña que ha hecho este verano, no hubiese aprovechado las facilidades que le ofrecieron los cinco borregos del Duque que le cupieron en suerte, para rehacerse y conquistar el terreno perdido, no hubiese tenido perdón de Dios, y hubiera tenido que retirarse al ostracismo; de modo que haciendo lo que venía obligado á hacer, no hay en la cosa nada de extraordinario, sino lo procedente y lo necesario para mantenerse en el puesto conquistado. Las cosas hay que decir las con claridad y dejarse de impresionabilidades, mucho menos tratándose de principiantes. Bueno que se les aliente, pero no que se les sancione. El mismo Villita llegaría á suponerse entonces un Lagartijo ó un Frascuelo; y en la primera caída, el propio público que antes le había jaleado, le cortaría la cabeza.

Por eso, tales entusiasmos y exageraciones tratándose del toreo chico, los consideramos funestos y expuestos á lamentables equivocaciones. Quedese tanta algazara y tanta bulla para personalidades más altas y curtidas en el arte, y ándese con más calma y con más conciencia al tratar de elevar sobre espléndidos pedestales toda una colección de *dioses menores*.

Bajo este concepto, el porvenir sería indudablemente del *Minuto* y el *Bebe chico*, y de la *Minuto*, la *Ratilla* y demás señoritas *toreadoras*.

DON CÁNDIDO